

# Primer Certamen Cultural "Villa de Oliete"

**Fernando Aínsa Amigues**  
**Fotos: Fernando Aínsa**

***"En esta época en que la cultura es objeto de tantos recortes o de la supresión lisa y llana de actividades y proyectos, no se puede sino felicitar al pueblo de Oliete por promover un certamen cultural y hacerlo con el éxito con que culmina hoy".***

Con estas palabras, el escritor Emilio Quintanilla Buey, integrante del jurado de relatos, agradeció al alcalde de Oliete, Ramiro Alfonso Carod, la iniciativa de haber organizado la primera edición del Certamen Cultural "Villa de Oliete". Lo hacía el pasado 25 de agosto en el acto de entrega de los premios de pintura y relato, realizado en el marco de las fiestas patronales de San Bartolomé, ante un público numeroso, los jurados de pintura y relato y los ganadores, el pintor Ernest Descals y el escritor Óscar Sipán. El alcalde del vecino pueblo de Alloza, Manuel Royo, acompañó a su colega de Oliete y elogió esta apertura a la cultura de las tradicionales fiestas patronales.

La iniciativa del certamen -en efecto- supuso un inesperado éxito para esta primera edición. Veinticinco pinturas y cincuenta y un relatos, recibidos desde distintos puntos de España e incluso de Italia, compitieron con un nivel que sorprendió a los jurados y que pudo ser apreciado por el público en una muestra en el antiguo Matadero Municipal, reconvertido en sala de exposiciones de Oliete. La exhibición de los cuadros concursantes se acompañó con la difusión en una gran pantalla de algunos de los relatos finalistas leídos por voluntarios del pueblo, espontánea participación ciudadana, que fue valorada por todos.

El certamen cultural -previsto para celebrarse cada dos años- constó de dos premios: 1500 euros para el de pintura y 500 € para el de relato corto. El jurado de pintura estuvo formado por M.<sup>a</sup> Ángeles y Nati Cañada, pintoras de reconocido prestigio, hijas de Oliete, y la consejera de Cultura, Pilar Carbonell. El de relato, por el escritor Emilio Quintanilla Buey, el cineasta Pere Alberó y el escritor Fernando Aínsa, afincado en Oliete. Los fallos de ambos fueron por unanimidad y en relato se decidió un accésit que



*Óscar Sipán, ganador del premio relato, y Ernest Descals, premio pintura, frente a la obra ganadora.*

recayó en el guionista y productor cinematográfico malagueño Nacho Albert Bordallo, autor del relato *La leyenda del tremedal*.

La temática de ambas categorías era libre y se completó con un Peque-Certamen Cultural, concurso infantil y juvenil de pintura y relato, abierto a los más pequeños de la localidad.

En la modalidad de pintura, el artista Ernest Descals, de Manresa, -con un extensa trayectoria de exposiciones y premios- consiguió el premio con el cuadro *Escuela*. "Es una pintura libre, expresiva, de un aula escolar con niños abocados a sus tareas y con una puerta abierta al fondo aportando un golpe de luz y libertad", explicó el artista en el momento de recibir el galardón de manos de la pintora Nati Cañada.

Por su parte, el escritor oscense Óscar Sipán, fundador de Tropo editores y ganador del premio relato con *Los ojos del turista* (que se publica en estas páginas), recordó con humor que es un veterano ganador de concursos, ya que acumula en su haber más de doscientos premios. "Hay que atreverse, jugar y trabajar", aconsejó como receta del éxito. En el caso del relato ganador es el monólogo interior de una guía turística de un pequeño pueblo, enfrentada a la monotonía de su trabajo y al escaso interés histórico del lugar, que decide sorprender al próximo grupo de visitantes hablando de un imaginario pasado extraordinario de su pueblo. La técnica narrativa y el inesperado golpe de efecto final fue elogiado por el miembro del jurado Emilio Quintanilla al recordar las numerosas publicaciones del galardonado.

En el acto de entrega de los premios, el alcalde, Ramiro Alfonso, señaló que el objetivo del certamen había sido "dar a conocer Oliete a nivel artístico, cultural y turístico" y agradeció la colaboración de la Asociación Aragonesa de Escritores, las empresas Samca, Arcillas de Oliete, la Caja Rural de Teruel y los aportes locales de Construcciones de los hermanos Pérez, Carpintería Moliner, la peluquería Mari y el electricista Javier Macipe, que aseguraron la financiación y el éxito del certamen. Ante los buenos resultados de esta primera convocatoria anunció que con "esfuerzo e ilusión" volverán a presentar las bases para un segundo certamen cultural a celebrarse en 2014.

No queda más que esperar que así sea.



*Escuela, obra ganadora del Primer Certamen Cultural "Villa de Oliete" en la modalidad de pintura. Autor: Ernest Descals.*



*El alcalde de Oliete, Ramiro Alfonso Carod (en el centro), con miembros del jurado. De izquierda a derecha: Emilio Quintanilla Buey (relato), María Angeles Cañada (pintura), Nati Cañada (pintura) y Fernando Aínsa (relato).*

## LOS OJOS DEL TURISTA

Óscar Sipán

**“El horizonte está en los ojos  
y no en la realidad”.**

Ángel Ganivet

**A**VECES SIENTO que esta ciudad de juguete, capital de provincia despoblada, este pueblo inflado de funcionarios y joyerías, vigilantes de zona azul y vendedores de seguros, le hubiese arrebatado a Marco Polo las ansias de viajar. La plaza mayor es un ir y venir de vencejos desafiando a la muerte a golpe de acrobacia. Cúmulos de nubes oscilan por un viento cambiante, en un efecto de baile de graduación, un paso adelante y otro hacia atrás, y reflejan sombras extrañas sobre las fachadas de los edificios.

Como todos los días le pido a Manuel un café con hielo, me siento en la terraza y enciendo un cigarrillo, mientras Elisa utiliza sus reservas de adrenalina para levantar, al fondo, en dos tiempos, la persiana metálica de su tienda de souvenirs. Como todos los días el saxofonista ejecuta un repertorio de cinco canciones que incitan al silbido optimista y a la calderilla, el vagabundo se instala de rodillas en su baldosa desgastada frente a la puerta de la Catedral, con la seguridad que da la rutina y un cartel que pide, en un tono humorístico, que lo rescaten como a los bancos, y el pobre yonqui, superviviente de todas las guerras, de todas las modas y de todas las infecciones del cuerpo y el alma, confunde los bolsos de las beatas saliendo de misa con papelinas de heroína. Y yo, como todos los días, espero la llegada de los turistas, que descenderán aturdidos, sudorosos y somnolientos del autocar, escapando de la angustia existencial, del fantasma del desempleo y de las miserias de otra ciudad espejo, ávidos de vida y de aventura. Por ética profesional, y también por contrato, debo depositar la larva de la novedad en sus ojos: les explicaré, en tres idiomas, en una charla didáctica que aúna un anecdotario de datos históricos, monumentos y curiosidades, este pequeño infierno de piedra caliza eternamente varado a esa extraña hora de la siesta, de escaparates anticuados y zurdos obligados a ser diestros, de calles angostas y tristeza de casa de empeños, de coitos y

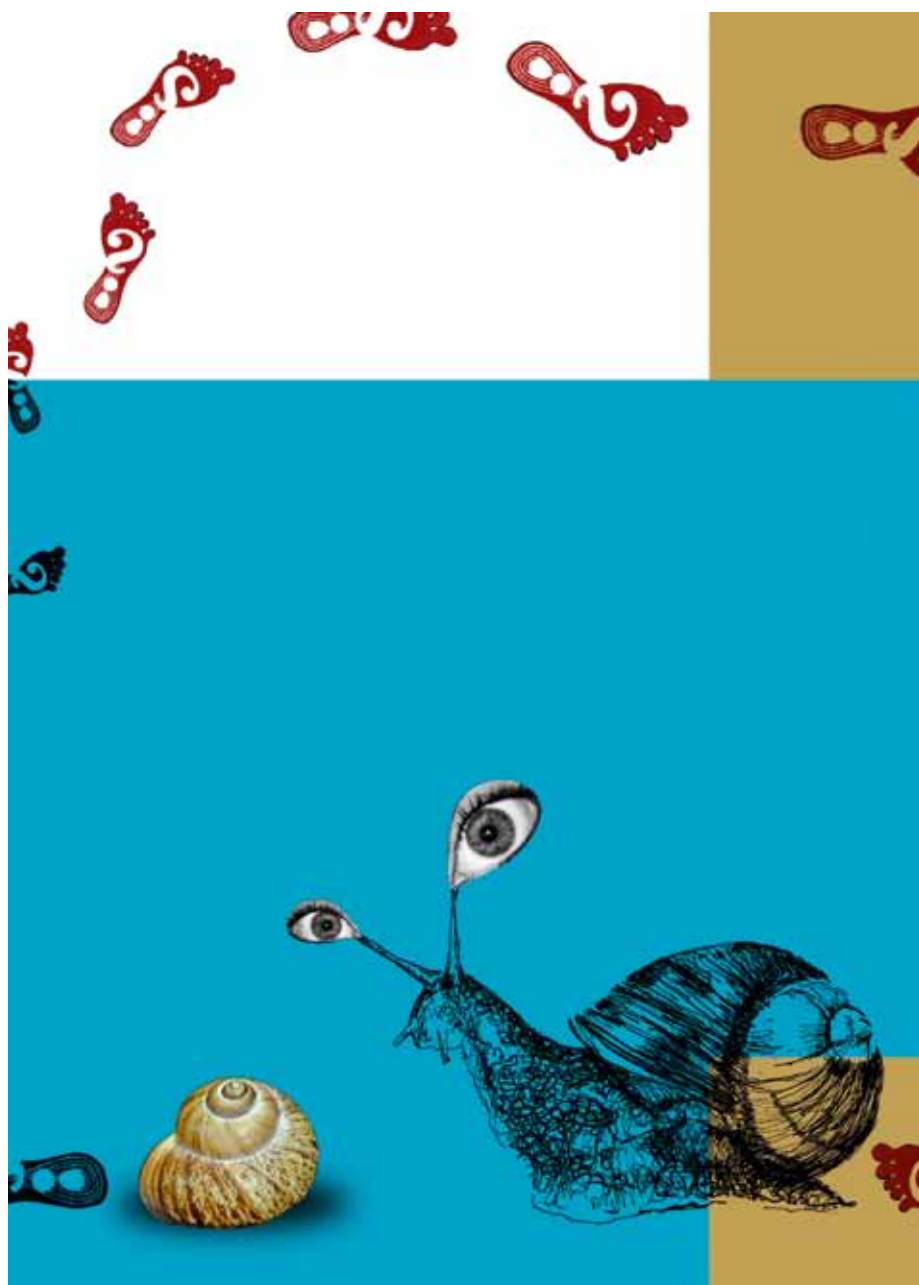


Ilustración: Roberto Morote.

muerdes planificadas, de perros somnolientos y suicidas enterrados en la clandestinidad católica, de hombres parvos en palabras, militantes de la duda y la desgana, que cierran tratos con un apretón de manos, como en la Edad Media, y de mujeres tímidas que mantienen viva la dictadura de la tradición, ese pacto humillante con los antepasados, y que disfrazan a sus retoños con trajes regionales el día de la patrona y las fiestas menores. Me siento como una gata aburrída de ratones: dos mil años de Historia insulsa, lineal y previsible y una treintena de turistas a los que decepcionar.

Manuel me sirve el café con uno de sus clásicos mañaneros: ¿Por qué la llaman “temporada de turistas” si no podemos cazarlos? Ya en el colegio era igual de guasón, niño de sonrisa pícaro experto en nidos de golondrina y cuqueras; el mejor amigo de mi ex novio que, como siempre, a la misma hora, en el mismo minuto, cruza la esquina camino del trabajo. Intentamos disimular, jugueteamos con el móvil o la cartera, nos ocultamos tras las gafas de sol, pero no sirve de nada. Envejecemos a cámara lenta, tres veces al día, en un Gran Hermano doloroso y enloquecedor. Si cierro los ojos puedo escuchar el latido de su corazón. Vivimos atrapados en un diorama sin oxígeno. Demasiados peces para una pecera tan pequeña.

Una vecina, que sujeta su embarazo como un huevo de dinosaurio, le indica a un mochilero, con una barba rubia y crecida, la oficina de Correos. Una vez le escuché decir a un sociólogo que los habitantes de las ciudades pequeñas que tuvieron muralla, dormida en el ADN, en el fondo de la psiquis, todavía la conservan. Y la protegen. A pesar de mis dos carreras universitarias y de mis tres años de neoyorkina activa, en un acto reflejo inconsciente y aprendido, la labradora que llevo dentro desconfía de lo nuevo y también vigila la muralla: ausculto de arriba abajo al extranjero y lo archivo en la memoria. Y al mismo tiempo deseo refugiarme en esa mirada balcánica y dormir acompañada una noche, esta noche, antes de que la juventud se escape definitivamente por el desagüe.

Cuando lleguen los turistas visitaremos un museo diocesano que huele a estola apollada y a muerte en la cruz, donde alabaré el trabajo de mediocres imagineros locales y retablos de encargo que sobrevivieron milagrosamente a la desamortización de Mendizábal y a la codicia de los obispos. Los turistas soportarán el desencanto inicial con las manos en las caderas y la mente en otra parte. Lucharán contra la decepción esperando esa semilla maravillosa que en un momento de la visita guiada lanzaré y germinará. La siguiente parada nos dejará en una exposición

de fotografías antiguas en la que siempre creo reconocer a alguien –un repartidor de pizzas, una peluquera, un dentista, una administrativa de notaría–. Rostros del pasado galvanizados en el presente. Caras cetrinas y sumisas con ese abatimiento heredado, que pasa de generación en generación, como las canciones de cuna o los lunares. Como la mala suerte o la calvicie. Y finalmente recorreremos las calles de esta capital de provincia globalizada, de una belleza o una fealdad común, sin peligros ni emociones, en un autobús de los años veinte lento e incómodo que se estropea un día sí y otro también. Siempre que el motor decide pararse, les invito a bajar con una sonrisa y unas palabras de consolación: Los viajes de verdad se hacen para pasarlo mal. Un viaje pone a prueba tu ingenio, tu fuerza y tu capacidad de supervivencia. La frase no es mía, es de Paul Theroux. Y maldigo la creatividad del concejal de turismo que vendió la idea del paseo en este bus del pleistoceno y en la de todos los partidos políticos que la compraron. Por mucho que me esfuerce los turistas regresarán a sus ciudades dormitorio y me olvidarán, de madrugada, obnubilados por las ofertas de la Tele Tienda y un gintonic cargado.

Me coloco el carnet que me identifica como guía turística y espero que el murmullo de las calles adyacentes se materialice en trabajo. Pero antes cruzo mentalmente la verja del cementerio. Y en el puzzle de tumbas desordenadas rezumando humedad y nichos de mármol blanco no encuentro exploradores, ni científicos, ni héroes, ni astronautas, ni artistas: solo advierto peones de ajedrez, soldados a la espera de una orden, gente corriente. Un pueblo de hombres y mujeres irrelevantes, de personas que pasan por el tiempo sin dejar huella, un pueblo sin hijo ilustre al que admirar es un pueblo invisible. Cuando me incorporé al empleo llegué a sospechar que la archivera municipal había destruido, en una oscura venganza, todo el esplendor de su pasado. Somos un pueblo invisible y eso pesa en el ánimo como una maldición.

De repente, iluminada por una idea, por un motín interior, me debato entre el deber y la revolución. ¿Y si pudiese cambiar el curso de la Historia? En realidad, puedo. Puedo y quiero: hoy, los turistas presenciarán el nacimiento de una ciudad nueva y fascinante, en la que Aquiles, Gengis Kan y Napoleón Bonaparte tendrán su protagonismo.

Los ojos del turista me lo agradecerán.

**Óscar Antonio Sipán Sanz** (Huesca, España, 1974). Galardonado en numerosos certámenes literarios y autor de los libros *Rompiendo corazones con los dientes* (Premio de Narrativa Odaluna 1998, Edisena), *Pólvora Mojada* (XVII Premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal 2003, Diputación de Zaragoza), *Leyendario. Monstruos de agua* (2004, March Editor), *Escupir sobre París* (2005, March Editor), *Tornaviajes* (Premio Búho 2006, Tropo Editores), *Guía de hoteles inventados* (IX Premio de Libro Ilustrado 2007, Diputación de Badajoz), *Leyendario. Criaturas de agua* (Premio al libro mejor editado en Aragón 2007, Tropo Editores), *Avisos de derrota* (2008, Onagro Ediciones), *Concesiones al demonio* (Ediciones Nalvay, 2011) y *Cuando estás en el baile, bailas* (Edaf, XVI Premio Ciudad de Getafe de Novela Negra 2012).